

los claros ojos en los aires fija,
la fuerte diestra por los aires alza,
y en la diestra gentil la viva antorcha
con que su luz la Libertad regala.

—

Cuando la Noche llega
la antorcha brilla. Las tinieblas rasga.
Vence la Luz: la Libertad, y al punto
se disipan las sombras derrotadas.
Brilla la luz de la gentil antorcha,
difundiendo las ráfagas
de su infinita claridad... Refulge
hasta que vuelve la feliz Mañana,
y entonces, sólo entonces,
se extingue al fin su claridad... preclara.

—

Mientras Dios lo consiente,
brillan los rayos de la Luz Humana.
Cuando el Sol, celestial, brilla de nuevo,
la Luz del Hombre, terrenal, se apaga...

LOS PALACIOS FLOTANTES

Magnos buques, nuevos Reyes,
graves, y altivos, y osados,
que á los mares dilatados
imponen modernas leyes;

—

sobre el vasto mar, inmenso,
que mal soporta sus cargas;
bajo las ondas, tan largas,
del humo propio, tan denso;

—

como villas, cuán errantes;
á sus impulsos, cuán fieles;
tal como regios *hoteles*,
como palacios flotantes,

—

marchan los grandes vapores,
nuevas obras de la Ciencia;
felices con su existencia,
por bravos y corredores...

Son de ver, en alta mar,
su marcha, tan imponente;
su gallardo continente
de belleza singular...

Son de ver, en su interior,
tanto lujo y hermosura.
La naval arquitectura
nada concibe mejor.

¡ Cuán brillantes, los salones;
por el oro, por la plata!
—Música grata, cuán grata,
los alegra con sus sonos.—

Salones que son jardines;
donde en vez de varias aves
cantan, con notas süaves,
violoncellos y violines...

Breve lo habéis al gustar
de los libros el provecho
Con alto, lujoso techo,
para el gusto del yantar.

Magnífico, portentoso,
lleno de plantas y flores,
para pláticas de amores
ó para el dulce reposo.

Reparten bien sus espacios,
si bien los muestran y adornan,
esos, que van y retornan,
deslumbradores palacios;

esos, que cruzan el mar,
 buques de alegre vivir;
 tan complacidos al ir,
 tan gozosos al tornar;

—

dejando, ya, por la popa,
 dominios americanos,
 ó ya los montes, lejanos,
 que allá se quedan, de Europa;

—

venciendo á mares tan fuertes,
 llevando tantas noticias,
 regalando sus delicias
 de tantas amables suertes;

—

bien al Sol; bien alumbrados
 por sus máquinas de noche,
 con luz que en largo derroche
 regalan por sus costados...

—

¡ Buques felices, cruzad
 ondas tras ondas, risueños!...
 ¡ Como nieblas, como sueños,
 sobre los mares volad...!

—

¡ Bien vayan, su bien aumenten,
 con tanto gozo radiantes,
 sobre palacios flotantes,
 cuantos viajeros lo intenten!

—

¡ Quien logre, cierta, cumplida,
 por el mundo, su fortuna,
 disfrute sin tasa alguna
 de los goces de la Vida...!

—

Con que á los tristes contad,
 felicísimos vapores,
 que si angustias y dolores
 y añoranzas son verdad,

también lo son, en los días
del triunfo,—¡bellas verdades!,—
amores, felicidades,
y esperanzas y alegrías...

—

Que nada templa el sufrir
como el poder vislumbrar,
en risueño porvenir,
la luz que puede surgir,
el bien que puede llegar...

LA MAR BRAVA

"A la que rompe, trémula, y desgarrar
en los tajos y picos de las rocas
sus aguas densas, con tremendos golpes;
á la que estrella sus furores ciegos
en el muro del recio acantilado;
á la que mueve la espantosa guerra
de las olas sin fin, que se acometen
con frenético empuje, sacudidas
y levantadas por el viento loco;
á la que rasga sus hinchados senos
con explosiones de hervorosa espuma;
á la mar iracunda y poderosa,
á la que brama, á la que ruge, canto.

—

"Ella suscita en mí, con noble influjo,
grandes anhelos y entusiasmos. Ella
me conmueve, me asombra, me fascina,
Porque es fuerza en acción, es hermosura

en plenitud, es ira desbordada,
 es intensa expresión de vida intensa,
 y con sus voces trágicas parece
 que lanza al Cielo el grito pavoroso,
 la queja horrible del dolor humano.

—

”Mar bravía, que clamas y que ruges
 como en alta y magnífica protesta
 de tu largo y monótono destino:
 cuánto pudieran aprender, los hombres
 que padecen, de ti; los que se inclinan
 mudos y resignados bajo el peso
 de la desgracia injusta; los que aceptan
 la pena inmerecida, como esclavos
 que ante el látigo vil, que los azota
 sin piedad ni razón, tienden la espalda;
 los que debieran, contra el Mal,—Tirano
 que presume de Dios y que á los hombres
 empobrece y deshonra, y acobarda,—
 la frente levantar, y alzar la diestra
 con rápido furor, y en ella un rayo,
 ¡y matar ó morir!, ¡y en cambio cruzan
 las manos torpes, y cobardes ruegan,
 y lloran, y suspiran!

”¡ Ah, terrible,
 soberbia y brava mar, que te retuerces
 con espasmos de cólera; que luchas,
 destrozas y aniquilas! ¡ Ah, sublime,
 soberbia y brava mar!

—

”Contra tu furia,
 ¿valen, acaso, ni el poder ni el oro
 que al hombre, por el hombre pervertido,
 vencen y humillan? No. Dardos de fuego
 te lanza el Sol y en tus revueltas aguas
 tú los quiebras, y al punto los conviertes
 en chispas mil y mil. O bien la Luna,
 blanca y redonda, cual broquel de plata
 repujada y bruñida, resplandece
 sobre el profundo azul de los espacios,
 en medio de las nubes desgarradas
 por el tremendo vendaval, y brilla
 con pacífica luz, y á ti descende
 su blanda claridad, cual si quisiera
 amansar tu furor... ¡ Y tú prosigues
 tu lucha con el viento, más furiosa
 más recia cada vez!

"Tierras malditas
contigo parten el total dominio
de este mundo infeliz, ¡oh mar inmensa!;
de este mundo infeliz, en el que vive
la Humanidad que sufre, condenada
á un eterno dolor.

"¡Ah, si algún día,
—no en un remoto porvenir, en estos
siglos de horror para el linaje humano,—
tu fuerza y tu furor se dilataran,
á la luz de las lívidas centellas
y al insistente retemblar del trueno,
y asaltaras las costas, y en los valles
más hondos te volcaras, y á las cumbres
más altivas subieras, sepultando
campos y pueblos, razas y naciones!

"¡Ah, Justicia y Piedad á un tiempo mismo!
"Terminaran así, con grande estrago,
la insolencia del vano y poderoso
y los martirios trágicos del paria.

"Y acabado el horrendo cataclismo,
cubrirías, ¡oh mar!, con mansas ondas

el globo entero... Y en medrosa noche,
los tristes rayos de menguante Luna
sobre el espejo de tus quietas aguas
siniestros brillarían, como un trémulo
epitafio de luz, sobre la tumba
de la anegada y maldecida Tierra!"

Tal dije, sobre peñas levantado;
sobre las peñas de la costa firme,
donde clamaban, al romper, las olas,
mientras mis torpes manos sostenían
un libro que adorara por entonces:
el libro de los *Cantos* de Leopardi.
El inspiró, como siniestra Musa,
tanta desolación, iras tan locas,
en mis ánimos tristes, conturbados
por la lucha, sin tregua, de la Vida.

Y entonces fué que con tremendos golpes,
con zarpazos terribles, con sus olas
trémulas de furor, de entre mis manos
quitó la mar el libro... Y á su fondo
voraz lo arrebató... Y entre sus aguas
lo sepultó, por fin.

Con él se fueron,
 ¡ para siempre se fueron!,—tal disipa
 viento veloz las sombras de las nubes,—
 el odio vil y la insaciable angustia
 que de mí se adueñaran; las ideas,
 lúgubres, insistentes, miserables,
 que en mí dejó...

¡ Bien yaces, en el fondo
 de la mar, indignada y justiciera,
 libro vitando, pavoroso engendro
 del propio Lucifer!

Perverso libro,
 —fruto fatal de un árbol que anunciara
 tan dulces frutos con tan bellas flores;—
 fuente de perversión: ¡ maldito seas!

LA ROTA DE TRAFALGAR

A FRANCISCO DE IRACHETA

I

Con signo fatal zarparon
 de Cádiz, en són de guerra,
 tantas españolas naves
 y tantas naves francesas;
 grandes y apuestos navíos,
 grandes fragatas apuestas,
 esforzados bergantines
 de temerosa presencia,
 que, bien unidos, surcaron
 las ondas del mar inquietas,
 bajo luces, las del cielo,
 más que tranquilas risueñas.
 Fué de ver tan viva Armada,
 para el combate dispuesta;
 con tanto buque luciente,

con tanta noble belleza;
 con un tan recio aparato
 de blancas y enormes velas,
 en los bosques ponderosos
 de sus mástiles y vergas;
 con muchos negros cañones,
 en muchas hondas troneras.

—

Allá, con tantos navíos,
 el *Trinidad*, nave regia,
 que hicieron tan sabiamente
 de americanas maderas;
 el *San Juan Nepomuceno*,
 y el *Rayo*, mala centella;
 el buen *Príncipe de Asturias*,
 de condición tan egregia,
 y el *Neptuno* y el *Monarca*
 y el *Asís*, tres ciudadelas
 flotantes, bien orgullosas
 de sus hispanas banderas,
 y el *Agustín*, el *Santa Ana*,
 y el *Montañés*, con defensas
 bastantes, si bien precisas
 con arte feliz dispuestas.

—

Allá, franceses y altivos,
 con imperiales enseñas,
 el *Bucentauro*, la nave
 capitana, que luciera
 la insignia del desdichado
Villeneuve, en hora adversa.
 Y el *Fogoso*, y el *Temible*,
 temibles en sus violencias;
 y el *Aguila*, que del águila
 tuvo las garras apenas;
 y el *Indomable*, que al cabo
 sintió domadas sus fuerzas;
 con *Aquiles*, satisfecho
 de que nombre tal le dieran;
 con *Plutón*, menos dichoso
 por el mar que en sus cavernas...

—

En tanto las altas lonas
 hinchábanse placenteras;
 en tanto pitos agudos
 y graves campanas recias
 resonaban, disponiendo
 de las gentes marineras,
 las fuertes naves marchaban

por mar propicia, sin tregua;
 con un sosegado cielo,
 sin leves brumas siquiera;
 con una brisa gozosa
 que, por mostrarse tan buena,
 tan amable, bien fué digna
 de llevar felices nuevas
 á las ciudades hispanas,
 impacientes por haberlas.
 No lo quiso la Fortuna.
 Respetemos sus sentencias.

—

Con la tarde, breves nubes,
 contrarias, si no siniestras,
 parecieron por el campo
 de la atmósfera serena.
 Llegó la noche, muy luego,
 no perturbada por ellas.
 Mantuvo sus aires blandos,
 y en las celestes esferas
 brillaron, para los buques,
 sin neblinas, las estrellas...

Fué la siguiente jornada
 tan feliz cual la primera.
 Pusieron las naves todas,
 por su marcha tan diversas,
 rumbo al Sur, sin que las aguas
 abandonasen costeras.
 Cuando retornó la Aurora,
 por gracia del Sol espléndida,
 vióse ya, por barlovento,
 como si al cabo surgiera
 de la mar, que al fin venía,
 contra el Sol, la escuadra inglesa.
 Con muchos otros navíos,
 con muchas tendidas velas,
 con otros muchos cañones
 en otras muchas troneras.

—

Sonaron por los alcázares,
 sobre las altas cubiertas
 de las naves relucientes,
 españolas y francesas,
 voces muchas de contento,
 de coraje, de impaciencia...
 Cañones y carronadas
 dispusieron, con presteza,